

**ARGUETA, MANLIO. UN DÍA EN LA VIDA,  
COSTA RICA, EDUCA, 1985, 226 PAGES.**

Esta novela de Manlio Argueta, presenta no sólo la situación infrahumana que padecen los campesinos salvadoreños, sino también, la violencia y los abusos de que son víctimas. A pesar del cuadro tétrico y desgarrador que presenta Argueta, emerge del mismo la imagen de un pueblo esperanzado, un pueblo en pie de lucha, dispuesto a todo por lograr su verdadera libertad.

La novela está dividida en veintinueve capítulos. En estos capítulos se presenta el transcurrir de "un día en la vida" de una familia campesina. Familia que es arquetipo del campesinado salvadoreño. De los veintinueve capítulos que comprende la novela, veintiuno de éstos abarcan el transcurrir del día, de cinco y treinta de la mañana a cinco de la tarde; los restantes ocho capítulos están intercalados en ese transcurrir diario, a manera de testimonios. Seis de estos testimonios son narrados por mujeres campesinas; los últimos dos presentan la óptica ideológica de la guardia. Presenta así, el autor, un cuadro total de la problemática planteada.

El transcurrir diario es narrado por Lupe Fuentes, personaje principal de la novela. Dos de los testimonios son narrados por María Romelia, tres por Adolfina y uno por María Pía. En las partes relativas a la guardia no se identifica el narrador: es una voz genérica que explicita la ideología de la guardia.

La acción de *Un día en la vida* la sitúa Argueta en Chalatenango en un andurrial cercano al pueblo, a las afueras de Chalate. Cerca de este andurrial está Kilómetro, sector donde se encuentra el desvío para el pueblo y, donde Don Sebastián tiene un colmado. El sector de Chalatenango es muy pobre; sus habitantes viven en unas condiciones subhumanas; el analfabetismo, el hambre, la falta de médicos y medicinas, la explotación que padecen por parte de los finqueros son algunos de los problemas que sufre esta comunidad. Amén de estos males, padecen el atropello, el abuso y la represión de la guardia. Los campesinos trabajan para comer. Lo remunerado por el trabajo en las fincas apenas da para sostener la economía doméstica. Por la falta de buenos alimentos, de médicos y de medicinas, la mortandad infantil es alta. Los campesinos viven con el temor de que sus hijos se "desmoyeren" por la desnutrición.

Por la escasez de trabajo los hombres tienen que ausentarse de sus hogares por semanas, ya que sólo en otros pueblos encuentran trabajo. Además, muchos campesinos tienen que dormir en el monte debido a la represión de la guardia. Estos allanan los hogares campesinos en horas de la noche, para que así no se afecte el trabajo en las fincas. Entre las razones que puede tener la guardia para allanar el hogar de un campesino están la mera sospecha de



pertenecer a la cooperativa de trabajadores y/o el haber participado en una actividad pacífica, en la que se reclame una baja en los precios de las semillas para la siembra. Hombre, mujeres y niños son víctimas del más cruel abuso en defensa de los intereses de los finqueros. Debido a este cuadro represivo, el campesino salvadoreño ha ido desarrollando una gran fortaleza anímica para soportar la más violenta y desgarradora realidad.

El campesino salvadoreño aparece en la novela como un sector social en desarrollo ascendente. Este desarrollo obtenido por el sector campesino, es el que ha llevado al sector dominante de los finqueros a asumir una acción represiva contra el primero. Los responsables del crecimiento cualitativo del campesino fueron los nuevos sacerdotes. Distinguen los campesinos entre los viejos sacerdotes y los nuevos. Los primeros velaban que la religión fuera el bálsamo del campesino para soportar el maltrato y la miseria en “este valle de lágrimas”. Los viejos sacerdotes predicaban una religión que inspiraba conformismo; aceptar el orden establecido en este mundo, ya que el “otro mundo” era más justo. Los viejos sacerdotes se aprovechaban de su prestigio social para conseguir de los campesinos gallinas, frutos, etc. Esto, de por sí, agravaba la precaria economía de campesinado. Los nuevos sacerdotes en cambio, organizaban, orientaban y concientizaban a los campesinos. Fueron los que establecieron la cooperativa de campesinos, para proteger los intereses de éstos. Su doctrina religiosa era más acorde a la realidad que vivían los campesinos. Aprendieron éstos que con esfuerzo, dedicación y sacrificio este mundo puede mejorarse. Obviamente, las enseñanzas impartidas por los nuevos sacerdotes contrastaban con las de sus predecesores y, chocaban con los intereses de los finqueros. Por lo anterior, los nuevos curas son perseguidos e incluso, victimizados por la guardia.

La clase dominante en la novela, los finqueros, no aparece. Podemos decir, sin embargo, que hay una presencia en ausencia. Sus acciones y determinaciones afectan la vida de la mayoría. La guardia militar es el organismo que vela por los intereses de los finqueros. Sus miembros proceden del sector campesino. Estos han sido adoctrinados para reprimir su propia clase social. El beneficio de ser militar no es sólo el poseer un relativo poder, sino alimentarse mejor que la mayoría de los campesinos. Lupe Fuentes percibe la guardia de la siguiente manera:

“El guardia es como nosotros ha sido católico y casi todos son campesinos, lo que ocurre es que ellos han recibido educación y nosotros no. Ellos han tenido escuela, pues para ser guardia debe tenerse una preparación. Lo que los hace altaneros y fuertes es que han estudiado para ser la autoridad, para que las leyes se cumplan. La ley ha sido dura siempre” (p. 32)

Como vemos, éstos son los grupos sociales que están en un conflicto antagónico de clases; un conflicto que no es únicamente político, también es de índole religiosa y cultural. La guardia es adiestrada por un militar norteamericano y por un chino karateca. Además del adiestramiento militar, los guardias son adoctrinados en materia religiosa y cultural. Para ellos la verdadera religión es la de los testigos de Jehová. Los guardias ven con ojos coloniales la cultura norteamericana, todo lo norteamericano es superior a lo



nacional. En el militar norteamericano se resumen todos estos señalmientos ya que es "pastor, guía religioso y karateca". El menosprecio que manifiestan los militares por lo salvadoreño los lleva a entender que realmente existen dos clases sociales, la militar y la civil. Este antagonismo es tan fuerte que incluso rechazan su propia familia.

Los personajes principales de *Un día en la vida* son los miembros de la familia de José Guardado y Lupe Fuentes. Presenta Argueta tres generaciones de salvadoreños representados por Lupe Fuentes, María Pía y Adolfina. La problemática presentada en *Un día en la vida* se expresa principalmente a través de personajes femeninos. Esta tríada de mujeres, en realidad, es una unidad que representa el desarrollo del pueblo salvadoreño, visto desde la óptica de la mujer campesina. Lupe Fuentes es el personaje principal. A través de su narración vemos el desarrollo de la vida campesina y el transcurrir de un día en la vida de ésta. La rudeza de la vida la ha enseñado a no llorar, a mantenerse ecuánime ante el dolor, a no desmoronarse ante el hambre y la miseria; a mantener una esperanza basada en la consciencia; a sostener la alegría característica del campesinado, no empece las amarguras. Estas cualidades de Lupe Fuentes la elevan a paradigma de un pueblo. Ante la muerte de Justino los campesinos comentan:

- " --Que no echó ninguna lágrima...  
Cualquiera podría decir que es dureza de corazón, pero uno que conoce a esta gente se da cuenta que no es así...  
--Es una manera de darse valor para el resto de la vida que queda...  
--Sí porque los muertos dejan de sufrir pero los vivos seguimos en este valle de lágrimas (p. 113)

Los hombre son el medio por el cual las mujeres toman conciencia de la lucha contra los finqueros. José es la conciencia de Lupe, según ella afirma. Adolfina, desde muy niña aprendió de su padre, Helio Hernández, el origen de las injusticias. El grado de compromiso con la lucha de los campesinos es mayor según van desarrollando las nuevas generaciones. Por eso Lupe afirma:

"Yo no sé muy bien estas cosas. Simpatizo, de eso no hay dudas. Simpatizo con la gente metida en cosas para lograr nuestros derechos. Y a veces colaboro un poco, pues la verdad como José hace todo y yo me quedo con los cipotes. Me cuesta salir. Pero les digo, en lo que pueda ayudar. Dentro de mis probabilidades". (p. 107)

María Pía es la mujer que hace lo indecible por recuperar a su marido desaparecido. Va, inclusive, hasta los cuarteles de la guardia. Enfrenta valientemente a ésta y como los hombres comprometidos con la lucha del campesinado, tiene que irse a dormir al monte. Adolfina, la hija de María Pía y nieta de Lupe Fuentes, es el arquetipo de la nueva mujer. Aún una adolescente está comprometida con la lucha de los campesinos; participa en actividades de protesta; es perseguida por la guardia. Es, en síntesis, modelo de los valores nuevos que se van gestando en el seno de la sociedad salvadoreña. Lupe Fuentes lo expresa de la siguiente manera, dirigiéndose a la guardia:

"No sé en lo que anda mi nieta, sólo sé que es una cipota con otras ambiciones porque nosotros los viejos estamos medio muertos, nos hemos dejado matar por ustedes lentamente, y nos hemos dado cuenta cuando es demasiado tarde, mi nieta está viva y ustedes no la van a matar a muerte



lenta. Yo lo sé, y es lo que no les gusta a ustedes, ella vive por todos nosotros, ella respira por nosotros, ella nace mientras nosotros agonizamos, posiblemente ella también nos salvará". (p. 200)

María Romelia es otro de los personajes femeninos que siendo una adolescente participa en actividades revolucionarias. Este personaje narra dos de los testimonios que se intercalan en la novela. El primero es la narración del genocidio cometido por la guardia, cuando los campesinos se congregaron en San Salvador, para exigir una rebaja en los recursos utilizados en el trabajo agrícola. En este primer testimonio de María Romelia, se destaca la valiente participación de Adolfina en esos sucesos. Es, esta última, la que ayuda a María Romelia a salir con vida del ataque de la guardia. El segundo testimonio de María Romelia presenta el sufrimiento de Lupe Fuentes cuando recibió la noticia de la muerte de su hijo Justino.

El grupo de los hombres está constituido por José Guardado, Justino Guardado, Emilio Ramírez y Helio Hernández. Tienen como elemento común el ser trabajadores y luchadores incansables por los intereses de los campesinos. Todos han sido víctimas de la guardia. José fue golpeado y dejado moribundo; Justino fue decapitado; Emilio y Helio fueron golpeados salvajemente y desaparecidos. En la novela aparecen también otros personajes de menor importancia. Don Sebastián, campesino que posee un colmado frecuentado por la guardia. Monseñor Romero, personaje histórico que Argueta presenta en las partes relativas a la toma pacífica de la catedral por parte de los campesinos. El hijo de la Ticha, un sargento de la guardia que se destaca por su cobardía y por su despótico y cruel trato para con los campesinos. Lupe Fuentes no comprende cómo este sargento defiende los intereses de los ricos:

"Lo que no entiendo todavía es por qué los guardias se ponen al lado de los ricos. El hijo de la Ticha por ejemplo, es guardia y todos sabemos las miserias que pasa la pobre para comer o para darle de comer a los nietos que le han dejado los hijos que se fueron por mejor vida a la capital". (p. 39)

En las partes de la novela donde se presenta la óptica ideológica de la guardia, vemos cómo este cuerpo militar es también víctima de la problemática que se vive en El Salvador. La guardia es oprimida por jefes militares extranjeros. La carga irónica que se trasluce en las partes relativas a la guardia, pone de relieve la tergiversación histórica, el adoctrinamiento y la enajenación de que son víctimas. El fundamento de lo anterior es el deseo de mantener dividido un pueblo para que no quiebre las estructuras de poder existentes.

Vemos, pues, que Argueta internacionaliza en su novela la problemática salvadoreña. Los intereses foráneos norteamericanos son la causa de muchos de los males que sufre El Salvador. En la novela, esta problemática que apuntamos, se sugiere con la presencia del militar norteamericano. En esta interpretación de El Salvador. Argueta, evidentemente pone de relieve las causas de los males que padece el pueblo.



Atendiendo a la estructura organizativa de la novela, podemos ver cómo está insertado todo lo anterior en el andamiaje novelesco. Como expresáramos anteriormente, en *Un día en la vida*, Argueta presenta el transcurrir diario en la vida de Lupe Fuentes. Por medio del discurso de esta campesina se presenta la historia y la vida del campesinado salvadoreño. Este discurso principal se identifica por la anotación de la hora al comienzo de cada capítulo. Se le intercalan al mismo “los testimonios” ya señalados, para ampliar así la significación de la novela. Se completa, con estos testimonios, el cuadro desgarrador que Argueta presenta de El Salvador. La intención de este recurso es el estremecer al lector con la realidad que la novela manifiesta. Cada testimonio ahonda en una realidad sumamente violenta. Con la intercalación de testimonios en el discurso principal, se interrumpe la secuencia cronológica de lo narrado. La anécdota, por lo tanto, se fragmenta y se reparte por las distintas secciones de la novela. El lector tiene, entonces, que reconstruir las partes fragmentadas del discurso. Esta intercalación de partes distintas en el discurso novelesco, se da también en el interior de cada capítulo. La secuencia de las partes aparenta un desorden, una falta de coherencia. Sin embargo, se establecen, en virtud de este recurso, unos vasos comunicantes que relacionan y amplían la significación de unas partes con otras. Esta organización sintáctica está acorde con la violencia que evidencia al texto. Formas y contenido son totalmente consustanciales en esta novela. La expectación y el interés se ponen de manifiesto en las partes relativas a la desgracia de Justino y, a la espera de Adolfina por la guardia. Esto se logra al fragmentar la historia y al dispersar la narración. En la historia relativa a Justino, el interés aumenta con la suma de las partes que van componiendo la historia misma. Una vez conocida la historia, queda en el lector un profundo sentir por el destino de Justino, el hijo modelo.

Argueta utiliza, además, el folklore como recurso literario. En la intertextualidad de la obra encontramos cuentos folklóricos, chistes y canciones que revelan el perfil de un pueblo alegre y sencillo. Los cuentos folklóricos que aquí aparecen son elaborados partiendo de las acciones y sucesos ocurridos a los propios personajes. Estos cuentos, al ser narrados por los campesinos, asumen una estructuración y forma tradicional. Lo folklórico es evidente en los “mitos” que explican un pájaro como el güis, o el comportamiento de un determinado animal. La relación del ser humano con la naturaleza conforma gran parte del discurso.

El recurso de la “intercalación” no sólo opera en la organización sintáctica de la novela, sino también, en la estructuración interna de cada capítulo al intercalar distintas voces narrativas. Se crea, pues, un “collage” vocálico. Esto aparece tanto en el discurso principal (el de Lupe), como en los testimonios. El sentido de este recurso es el de dar una dimensión nacional y total al discurso. En otras palabras, la voz narrativa es la del pueblo salvadoreño. Esta voz de pueblo, se subdivide en las voces de sus personajes. Veamos un ejemplo de lo que apuntamos:



“¿Cuántos cristianos andarán volando en ese remolino? En esa nube de polvo que levanta la Dorian. El sudor, chorros de agua sucia corriendo por el cuerpo. El sudor se mezcla con la ropa. El sudor se mezcla con el polvo. Al llegar me voy a dar un baño. Polvo en la ropa, en el pañuelo amarrado en la cabeza. ‘Váyanse bajando porque ahora sí la cagamos con la Dorian’, dice el cobrador. ‘Abajo todos’. Por eso es preferible viajar primero a San Salvador y desde ahí tomar la treinta y ocho que va para Chalate, sale más caro, pero es preferible. Y como vamos lento nos grita el chofer: ‘Abajo todos’, ‘calma pueblo’ dice la gente. Y mi vecina de asiento lleva un cipote de brazos. ‘Tengo sed’, ‘Ah, si habla! Y ella le dice: ‘Cállese mamita ya vamos a llegar’. ‘Ah, es una niña’. ‘Al llegar al desvío le compro un refresco de tamarindo’, le dice a la niña. ‘Quizás se va muriendo de la sed’, le digo. ‘Son puras mañas de esta cipota, si estuviéramos en la casa no anduviera pidiendo tanta agua, antes de salir la aturugué de agua precisamente para que no molestara en el camino’. ‘Es que así son los cipotes’, les digo. ‘Entre más se les chinchinea, más joden, a uno lo aburren, me dice. ‘Si quiere le da este guineo de seda pues a saber cuánto tiempo vamos a estar aquí’. Ella agarra el guineo y lo pela. ‘Tome’, le dice a la cipotía. Le da todo el guineo. La niña se lo come, ni rastros deja. Sentados en el solazo, encima de una piedra. ‘Vea no le vaya a dar mal de orín, me dice. No, le digo, si he puesto un trapo debajo, si quiere le ayudo con la niña. ‘Gracias’, y me la da. ‘Tanto que molestan’, dice. Y de nuevo veo al güis, tiene que ser el mismo, me ha venido siguiendo. El va a llegar primero al kilómetro, le va a cantar a mi abuela y entonces mi abuela va a decir: ‘Oigan el güis, es señal que viene visita’. Por eso el güis es como un mensajero. Trae y lleva mensajes. Me da sueño este sol. La niña se me durmió. ‘Si quiere présteme la niña y le ayudo’. Me despierto cuando el cobrador vuelve a gritar: ‘Arriba todos’. En realidad nunca estuve dormida. ‘Gracias por la ayudita’, me dice la señora”. (p. 82-83)

En este pasaje hay cuatro voces dentro del discurso. El discurso narrativo principal es el de Adolfina. Aparece en el diálogo, además, el discurso directo de Adolfina, el de la madre y la niña, y el del chofer. Ninguna de las voces se confunde, debido a las indicaciones del discurso. En otras partes las voces se identifican, unas veces por el discurso mismo y otras por la utilización del pronombre personal.

El discurso principal de la novela presenta en distintos momentos, diferentes receptores. A veces aparenta ser el diálogo de Lupe consigo misma, en otros momentos es un claro discurso dirigido a un interlocutor indeterminado que tendemos a identificar con el lector.

“A mi me gusta recordar. Es la voz de la conciencia que les decía”. (p. 147)

Siendo *Un día en la vida* una novela de denuncia política, lo político no se pone de relieve sobre lo humano. Ambos elementos están finamente entretreídos. El tono unas veces es simple y claro, otras veces es íntimo y personal. En las partes concernientes a la violencia, el tono es hondo, desgarrador. El lenguaje recoge el sabor del habla dialectal campesina, sin caer en los extremos costumbristas. Es un lenguaje contaminado de violencia, que no evade la expresión soez y el epíteto fuerte.

Sin lugar a dudas, Manlio Argueta presenta una interpretación de El Salvador profunda en su vertiente semántica y coherente en su expresión artística. A través del cuadro desgarrador que pinta Argueta se trasluce un pueblo esperanzado. Un pueblo con una fe inquebrantable en su lucha y en su conciencia. Esta esperanza lo mantiene de pie, vivo, firme. Como Lupe y Adolfina que saben que el corazón nunca miente.

Pablo Juan Canino Delgado  
Universidad de Puerto Rico